

**POR QUÉ POESÍA AL FINAL DE LA VIDA:  
*PARECÍAN COSAS ESCONDIDAS PARA SIEMPRE Y TRILOGÍA CABARNA,*  
DE JOSÉ LUIS MOLINA**

CARMEN M. PUJANTE SEGURA  
*Universidad de Murcia*

A veces sucede que las personas intentamos hacer balance llegado el final de algo, balance entendido en todos los sentidos que nos abre su definición académica, a saber, un movimiento de un lado a otro (como un barco hacia babor y estribor) o incluso hacia delante y hacia atrás (como en la esgrima, sin mover los pies), pero también en cuanto comparación de las circunstancias de una situación o los factores de un proceso, o incluso en un sentido figurado desde el campo económico (confrontación del activo y del pasivo para averiguar o demostrar el estado de un caudal) o en un sentido metafórico (como vacilación o inseguridad). Así pues, a finales del 2014, José Luis Molina Martínez (Lorca, 1940) da a la imprenta unos poemarios con los que ofrecer(se) balances diversos de toda una vida personal a la par que literaria. Como el propio poeta nos aseguraba, éstas serían las últimas manifestaciones de su «yo mutante» a modo de preparación para el tránsito a otra vida, esa «en la que todo conocimiento será inmediato».<sup>1</sup>

*Parecían cosas escondidas para siempre* se escribe a finales de 2013 y se publica terminando el 2014: no obstante, tales *cosas* van a dejar ahora de *parecer* para empezar a *ser* a través de la poesía, la responsable de destaparlas y liberarlas –ahora sí– *para siempre*. Es el momento de volver(se) a mirar, en este caso toda una vida poética (que ha sido siempre alternada con la filológica y la pedagógica) cuyo balance se nos presenta en la contraportada: *Parecían cosas escondidas para siempre* llega después de *Desolada sonrisa* y *Variaciones sobre un mismo dolor*, poemarios que fueron publicados casi cuarenta años antes (en 1975) y que encontraron continuación en la década siguiente con *Del amante injusto* (1984) y –dando un salto

---

<sup>1</sup> *Parecían cosas escondidas para siempre*, Murcia, Diego Marín Librero-Editor, noviembre de 2014 y *Trilogía Cabarna*, Madrid, Ediciones Vitrubio, Colección Baños del Carmen, 2014.

sobre el «vacío» de los años noventa— con *Tratado de la vulnerabilidad* (2002) y *Variaciones sobre un mismo dolor y otros poemas azules* (2005), hasta llegar a otros dos poemarios recientes y próximos temporal y formalmente que son *Trilogía Itálica* (2013) y *Trilogía Cabarna* (2014). Así, se puede apreciar que su dedicación a la poesía ha aflorado a lo largo de toda la vida de J. L. Molina, si bien ciertamente son determinados los momentos en los que se ha concentrado y ha visto la luz por diversos motivos (tal vez aún por conocer). A través de tales hitos, marcados por la publicación de un poemario por década desde la madurez de un hombre en la treintena (con la salvedad de la de los noventa) y por la concentración de escritura en estos últimos años de retiro y senectud, es posible trazar una trayectoria que se presta para vislumbrar la evolución vital de una persona o, incluso, de *la* persona.

Este poemario, *Parecían cosas escondidas para siempre*, reúne «Aquí estoy, a la espera del silencio», «Un paisaje varado en mi mente», «Paisaje (con mujer) asesinado», «Entonces fuiste estrella de las perseidas», «Durante el insomnio», «Con esta dicha me conformo», «Cuando el mundo cabía en una mano», «La lluvia desgarrar la música de la noche», «Ojalá sonara una syringa en el bosque», «En toda guerra hay fronteras», «Destellos que vivirán eternamente», «Como hombre viejo, tengo mi pasado», «Algunos ángeles viven sobre cenizas», «De niña, me ponía una rosa en el pelo», «Tu invisible presencia de ceniza» y, por último, «El tiempo es mar y Ella mirada envolvente». Sus títulos ya transparentan marcas y recurrencias estilísticas o temáticas del autor, además de su primera persona, con sus deseos y anhelos, con sus melancolías y resignaciones, una primera persona que tiende a buscar la interpelación de una segunda. El tiempo presente de esta escritura o enunciación lírica es también un tiempo de espera futura e insomnio, siendo ambos simultáneos al recuerdo; un tiempo que, sin embargo, también es lugar, el de su cuerpo y el de lo que ven sus ojos desde ese puesto libremente escogido para mirar y esperar lo que vendrá. Porque desde su atalaya, su hogar, su claustro, otea paisajes, internos y externos, pasados y presentes, pero sobre todo ligados al mar y también a su mitología. Y desde ahí, tras toda una vida aún en presente, se pueden lanzar afirmaciones fruto de la reflexión y la experiencia. Hay miradas, pero también hay sonidos, hay música invocada en estos poemas. Hay ángeles, ideales de infancia y feminidad, pero también cenizas. Hay un yo en un momento y un lugar, pero ya empieza a asomar «Cabarna», como en los dos últimos poemas de este conjunto: en «Tu invisible presencia de ceniza», que empieza con su alusión en el primer verso («Sueña a la orilla de Cabarna el alma»), y en «El tiempo es mar y Ella mirada envolvente», que se va cerrando así:

[...] y su rostro ya no lleva velo. Ella es allí  
y yo escribo versos a la orilla de los ojos  
y de la mar de Cabarna, donde las sombras  
caminan de noche, cuando el corazón  
ya no está inquieto ni en su propio interior.  
Cuando duermo, alguien roza mis mejillas.

Veamos qué lee y ve y diremos qué poeta es. Así, *Parecían cosas escondidas para siempre* es una obra acompañada de citas introductorias (las de Alja Adam, Gunahr Ekelöf, José Luis Martínez Valero, Luis Rosales y Pere Rovira) así como de imágenes varias que delatan las predilecciones de un autor que aquí también ejerce de fotógrafo. Para la portada plasma media puerta de la Casa de las Columnas o Palacio de Guevara, en Lorca, y para la contraportada, la Isla del Fraile, desde Calabardina. Así, se anuncia al mismo tiempo que se desvela el título de la inmediata publicación posterior, que también ve la luz a finales del 2014, la trilogía que lleva por nombre «Cabarna», que no no es sino Calabardina, el lugar del tranquilo retiro del poeta que ha dejado su Lorca natal para inspirarse a la orilla del mar.

En este poemario en forma de trilogía no hallamos imágenes que lo acompañen sino una edición elegantemente sobria con letras blancas sobre fondo negro, además de un poema del propio autor en la contraportada, «Desarraigada ceniza», que se encuentra en el ecuador del libro y que también ejerce simultáneamente de guinda y entrante a todo un poemario. Este tríptico poético nos abre a su vez tres libros, siendo el primero «Nunca preguntes por las cosas que echas de menos», título que en realidad es un verso del poema introductorio, «El poema» de Eliodoro Puche (parte de *Las alas en el aire*, autor que tanto ha estudiado y editado J. M. Molina); este primer libro se encuentra dividido en otras dos partes, «Sueño fue, ahora pasado escueto» y «Una cítara sobre el eco del olvido» respectivamente, y está dedicado a su hermano Alejo. El «Libro segundo», con el nombre de «Tanto llorar las cosas idas introducidos» (que es un verso del poema «PANTHEOS» tomado del *Crepusculario* de Pablo Neruda, que aparece como apertura de esta segunda parte), se compone de veintiún poemas y se dedica a su hijo José Luis. Mientras, el «Libro tercero», llamado «Soy yo quien con el mar juega y pierde» (tomado de «Mar en brega», parte de *Clamor* de Jorge Guillén), consta de otra introducción poética ajena que viene seguida de otros trece poemas, dedicados en su conjunto a los padres del escritor. Así, se aprecia una arquitectura cuidada y meditada que envuelve toda una trilogía estructurada, en su interior, sobre tres hojas o libros que a su vez poseen una estructura propia, con una introducción en forma de poema que le da pie e inspiración y que es tomada presta-

da de celebrados poetas, seguida de una dedicatoria familiar y títulos en sí mismos cargados de poesía.

Los esmerados títulos<sup>2</sup> de cada una de sus composiciones están envueltos de poe-  
ticidad, títulos que al mismo tiempo vuelven a delatar las obsesiones y gustos del  
autor, con sus recurrencias y motivos. Del mismo modo, esas dedicatorias de cada  
uno de los tres libros podrían reflejar, aunque veladamente, esa incesante reflexión  
del poeta en torno al tiempo y a las personas que nos rodean, que también ejercen de  
relojes y de espejos: el tiempo anterior de los padres, el tiempo contemporáneo de  
un hermano y el tiempo posterior del hijo. No obstante, se hallan otras «constantes  
vitales», como la línea tenue del recuerdo que en cierto momento de la vida no sabe  
distinguir entre sueño y pasado real o la guerra entre el pasado y el presente, además  
del futuro omnipresente en forma de metáfora poética, el paisaje de cielo y mar, la  
sencillez deliciosa de la rutina e incluso del enclaustramiento escogido, la llamada  
de un yo a un tú agazapado tras muchas formas y caras, y, por supuesto, el gozo de  
la lectura o por medio de «vidas ajenas». De nuevo el sonido se alterna entre la cla-  
sicidad de una cítara y el silencio o el eco. Lo clásico es belleza y es placer, especial-

<sup>2</sup> Los poemas incluidos son en el primer libro: en la primera parte, «En el silencio del vuelo», «Cuando el sol cruce el puente de plata», «Bajo un cielo de cipreses», «Reconocimiento de mis recuerdos», «Te cuento este día sencillo», «Respuesta a una misiva amistosa», «Oscura clausura violada», «Cuando fue de noche en septiembre», «En el laberinto de la Alameda» y «Leer en vidas ajenas», y en la segunda, «La sombra te antecede», «Destello de belleza», «La procesión de las elegantes», «*A Summers Shower*», «Mujeres en la calle sin peldaños desgastados» y «No te vayas, ayúdanos a vivir la vida». En cuanto al segundo libro, éste incluye: «PHANTEOS» (*sic*), «Tiempo de tormenta», «Búcaros para la alquimia», «Entiendo tus manos en mi cabeza», «Desarraigada ceniza», «No son ruinas barrocas», «Pasó frágil, distraída...», «Son de otro paraíso», «Tiempo de infancia», «Seguramente bajo estas ruinas», «Epicedio», «Hablar de nuevo con ella», «El desgaste de la llama», «Hoy, que llegaba tarde...», «Mirada sofocada con un gemido», «Despedida esbozada», «Melancolía», «Leves huellas de mí», «La (des)hora de la cosecha», «Creé un silencio en mi huerto» y «...la última mata». Por último, en el tercer libro del volumen, se encuentran las siguientes composiciones: «Mar en brega», «Un lánguido grito se ocultó en tu encanto peregrino», «Quieta sed inicial», «Azul Jacinto en el páramo», «*Non omnis moriar, Labitina*», «Vuela Anteros sobre el miedo de la nada», «El poeta finge su lírica muerte en Murcia», «Un cuerpo con la mar pegada a la espalda», «Traspassando el umbral del silencio», «No es menos amargo tu espíritu que su abismo», «Tiempo violeta entre pétalos sonoros», «Nadie ocupará tu ausencia», «El mar abrazaba nuestros cuerpos con almas perdidas» y, finalmente, «Presiento un poema bajo el mar de *Cabarna*». Entonces nos podríamos preguntar dónde y cómo situar a José Luis Molina en una editorial como Vitruvio, la cual tiene entre sus principios y misiones alternar la publicación de poetas consagrados (Juan Ramón Jiménez, Dámaso Alonso, Carmen Conde, Juan Luis Panero, Luis Alberto de Cuenca, León Felipe, etc.) con autores nuevos, además de la publicación de premios prestigiosos. El primer poemario o -primera hoja del tríptico- sería enviado a un certamen poético de Madrid y, aunque no resultó ganador, el editor deseó publicarlo y, además, como trilogía, junto con los otros dos poemarios.

mente cuando uno puede detenerse a escuchar y mirar –los sentidos corporales predominantes–. Y hay belleza, pero vuelven las cenizas y los epicedios alternando con el «tiempo de infancia»; vuelven las ruinas y el desgaste alternando con las llamas y el mar; regresa la melancolía con el orgullo de las huellas dejadas; se conjugan la Antigüedad clásica con Cabarna y Murcia; existe diálogo con la mujer y cuerpos en contacto al tiempo que hay vejez y pensamiento, abismo y ausencia; porque siempre este autor que escribe y se da presentirá «un poema bajo el mar de *Cabarna*», como dice en el que cierra esta trilogía.

Su Cabarna es ese *locus amœnus*, el lugar que adorna de belleza (poética) y que es mítico, como el de tantos otros escritores (y él ya llamaría «Elia» a su otro lugar, Lorca). Tal y como J. L. Molina asegura, es la «base humana» de su sentimiento, que puede ser también irónico. Porque sus poemas se apoyan deliberadamente en su biografía y, claro, en sus sentimientos y sus sensaciones; pero él también se apoya en sus poemas, empapados de un sentimiento protagonista, el de la senectud, esto es, el de la melancolía, en especial respecto de la infancia y la adolescencia. Y también hay amor, aunque también sea visto desde la desdicha o desilusión o desencanto del «ejercicio» complejo e ineludible de la vida, de la propia vida. Pero la culpa del otro siempre acechará para así depurar las responsabilidades de uno mismo. Como asegura el escritor, aceptar esas responsabilidades es otra forma de morir justamente para que la muerte, la Muerte, consiga hacer menos daño: «Todo llama a la muerte en la Muerte», escribía en una correspondencia establecida con él. El tiempo de estos poemas es en el que comienza a aflorar conscientemente la idea del futuro cambio del cuerpo que, como dijera Quevedo, «polvo será», cuando se marche de la vida o de la tierra. Pero José Luis Molina posee una esperanza ligada a un sentido dado a la vida, el de que ésta implica otra vida, en tanto que energía, en tanto que espíritu, y, sobre todo, en tanto que «conocimiento inmediato», esto es, sin medios ni mediaciones. Y en ese conocimiento directo, habrá un gozo (el «cielo») que será el de la visión, bien espiritual, bien intelectual. Y, por ello, para el poeta, la muerte nunca deja de ser otra vida.

Escribe todo ello, poemas, reflexiones y también correspondencia, desde ese retiro o claustro respecto de su ciudad y respecto de su trabajo, un retiro hacia la soledad voluntariamente elegida, alejado de la gente que no entiende, que relega el cultivo intelectual en favor de la superficialidad propia de quien no sabe o no puede gozar de otra manera que no sea la mundana y casera. Ahora puede dedicarse a escribir y por ello acelera el ritmo que había mantenido durante su vida. Lo acelera con la anterior *Trilogía Itálica*, pasando por *Parecían cosas escondidas para siempre* para llegar a *Trilogía Cabarna*. Si bien no acabará ahí, pues faltan por ver la luz otra trilogía que lleva por nombre *A la sombra del vuelo de los mirlos* (compuesta de «Mientras

espero el vuelo prolongado», «La soledad de los mirlos de abril» y «Sombra que sobrevuela») y el punto álgido de espiritualidad, *Simbolica Instructa*. Así nos intentaba explicar por qué tanta poesía al final de la vida.

Polvo será pues lo seremos todos, mas después de haber buscado la paz a pesar de todo, de haberse purificado y conocido y aceptado y reconciliado, de haber hecho vibrar, de haber «vivido en vida material cuanto de espiritual pudiese», de haber dejado escrita una trilogía de vida, de haber intentado un diálogo consigo mismo o una forma de comunicación para entender qué es la vida, después de varios poemarios aunque, en ocasiones en la literatura, mucho se quede bajo las palabras o incluso bajo el silencio.

Y si a veces sucede que las personas intentamos hacer balance llegado el fin de algo, es hora de hacer balance de éstas y de todas las obras de José Luis Molina, cuando decide poner la guinda poética a toda una vida con el fin de explicar y explicarse con palabras propias el porqué de tanta poesía al final de la vida.